



Ramon Folch i Camarasa

EL NÁUFRAGO FELIZ

Traducción de Carlos Mayor

EDICIONES  INVISIBLES



Hoy he estado a punto de morir. Sospecho que esta noticia no debe de tener para el posible lector de este mensaje impreso la calidad dramática que, al menos en teoría, debe de tener para mí.

Conozco mis limitaciones —dentro de lo que me permiten conocerme mis limitaciones— y a estas alturas no me hago ilusiones sobre el posible eco que habría alcanzado —en caso de haberse producido— la noticia de mi muerte. No dudo de que algunos amigos, al leerla en el periódico, no en primera página sino en una columna de sucesos y con el estilo típicamente híbrido de los periódicos de nuestro país, habrían meneado la cabeza con relativa melancolía.

«Mira cómo ha ido a estirar la pata, al final», habría dicho el más explícito.

Los demás, al toparse con la noticia entre los breves de la sección de accidentes, habrían pensado, tal vez: «Se lo diré a Fulanita, que creo que lo conocía». Y después lo habrían olvidado.

Todo eso a mí me daría igual; de verdad. Hace ya tiempo que he comprendido que —socialmente hablan-

do— he llegado a tal estadio de aniquilación que ni muerto puedo ser noticia: el último grado de la anulación social.

Y lo he comprendido con un júbilo profundo, con ese júbilo que me has dejado en las manos y el corazón, Maria; que me hace compañía a todas horas y tiene tu misma voz, y tu aire, y sin ser tú misma es igual que si lo fuera.



Sí; hoy he estado a punto de morir. De una forma nada original. Debajo de las ruedas de un automóvil, hacia las once de la mañana de una mañana de miércoles del mes de noviembre, en el lateral derecho de la Diagonal, yendo en dirección a Pedralbes, entre la rambla de Catalunya y la calle Balmes.

Ni siquiera ha sido un automóvil importante, señorial, sino un vehículo de tercera, cuarta o décima mano, conducido con prudencia por un buen hombre que parecía de lo más normal y que cuando ha bajado para recogerme del suelo estaba aún más amarillo que yo.

El caso es que iba distraído —eso me lo enseñaste tú, Maria— y he resbalado —eso no me lo enseñaste tú, eso lo he hecho por mi cuenta—; he resbalado con un

tallo de clavellina caído en la acera, delante del puestecito de flores de esa vendedora ambulante que se instala habitualmente cerca de la iglesia de Pompeya.

Como era de esperar, enseguida se ha organizado un remolino de peatones en teoría alarmados y claramente decepcionados en torno a mi carcasa tendida en el suelo (de ahí la alarma), aunque bastante intacta (de ahí la decepción). El pobre hombre de lo más normal que conducía el venerable vehículo le repetía a quien quisiera escucharlo (nadie, la verdad) que yo me había «tirado debajo de las ruedas», aseveración a todas luces exagerada, porque yo esas ruedas ni las había visto: simplemente he resbalado con el tallo de la clavellina, justo cuando iba a bajar de la acera, y el automóvil ha tenido que parar a dos palmos de lo que en otros tiempos me pareció un ser privilegiado sin que lo fuera y ahora lo es sin que lo sepa nadie más que yo —y tú, María—.

Eso ha sido todo, en principio. Algún peatón de espíritu envenenado por las malas lecturas —boletines oficiales, legislación de seguros, etcétera— se empeñaba en aconsejarme que tomara nota de la matrícula del vehículo, «a fin de proceder, en su caso, a la reclamación pertinente».